

Pecados Rituales

Anne Stuart

Pecados Rituales

Traducción de Ruth Guajardo



Phoebe

Título original: *Ritual sins*

Primera edición: junio de 2008

Copyright © 1997 by Anne Kristine Stuart Ohlrogge

© de la traducción: Ruth Guajardo, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-96952-19-5

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Ilustración de cubierta: Franco Accornero

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Para Barbara Keiler y Judith Arnold
dos de mis más queridas amigas.

Para Richie, que me ayuda a estar cuerda.

Y para Maureen Walters y Susan James,
que tanto me cuidan.

Primera parte

Santa Dolores, Nuevo México

Capítulo 1

Rachel Connery no quería estar allí. A los veintinueve años había decidido no hacer nada que no deseara y mantener siempre el control. Se trataba de una decisión personal que no deseaba tener que haber tomado.

El taxi ya había parado fuera de la espaciosa entrada de Santa Dolores, el cuartel general de la Fundación del Ser. Se encontraba a treinta kilómetros de Albuquerque, bajo el sol de Nuevo México, como el pacífico retiro que se suponía que era: un centro dedicado a la meditación y el conocimiento personal, junto con una residencia para enfermos terminales.

Su madre había buscado la iluminación detrás de esas paredes y, en vez de eso, había encontrado la muerte.

El taxista ya había abierto la puerta y ella salió, sacudiéndose un polvo imaginario de su traje de seda, mientras miraba el lugar. No quería estar allí, pensó de nuevo. Y ellos lo sabían.

—Puedo arreglármelas sola a partir de ahora —anunció cogiendo la maleta de cuero de las manos del conductor y ofreciéndole una generosa propina.

—Paz —murmuró.

—¿Qué?

—Paz. ¿No pertenece a la Gente de Luke? —El conductor pareció confuso momentáneamente, pero su puño se cerró

fuertemente sobre el dinero por si se sentía inclinada a retirárselo.

—No —respondió ella con parquedad—. En absoluto.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la hermosa puerta forjada, taconeando firmemente por el polvoriento pavimento.

Se hacían llamar “la Gente de Luke”. Había logrado borrar ese pensamiento especialmente desagradable de su mente, pero ahora le había vuelto a venir a la cabeza. Ya no podía esconderse de las cosas a las que no deseaba enfrentarse. Sólo había visto a aquel hombre de lejos. Sin embargo, incluso en salas abarrotadas de gente, había experimentado el venenoso reflejo de su carisma como una tela de araña extendiéndose hacia una criatura perdida que se cruza en su camino.

Luke Bardell, ex-presidiario, asesino convicto, fundador de lo que algunos llamaban filosofía, otros religión y Rachel, secta. El hombre que había logrado engatusar a su madre para que dejara doce millones y medio de dólares a la Fundación del Ser. Y nada en absoluto a su única hija.

Hace diez años, se habría limitado a acurrucarse en un rincón hecha un ovillo y a llorar. Pero ya no. Se defendería con todas sus fuerzas, aunque lo único que hubiera logrado por el momento fuera perder un juicio, que sus abogados la abandonaran y que la derrota la cubriera como amarga lluvia ácida. No se puede demandar a una religión. No se puede acusar a un santo. Stella Connery estaba en su sano juicio cuando redactó su testamento, sabía que iba a morir de cáncer de pecho y había tomado la decisión de desheredar a su hija.

Y la Fundación del Ser se había mostrado magnánima hasta la náusea en su triunfo. Seguro que a Rachel le apetecería acudir en peregrinación al lugar donde su madre había pasado sus últimos y pacíficos días, donde había sido enterrada. Así podría ver con sus propios ojos todo el bien que estaba haciendo su dinero, aceptar lo que los tribunales y su madre habían decidido. A la Fundación y los seguidores de Luke les encantaría

tener la oportunidad de compartir las bendiciones que les habían llovido.

La joven habría preferido comerse un plato de hormigas fritas. Estaba claro que no iban a compartir el dinero que se habían encargado de sacar a una mujer moribunda. No le cabía la menor duda de que Stella y Luke habían sido amantes. Su madre había disfrutado de los hombres con una voracidad tal, que había dejado a su única hija sobrecogida y frígida como reacción. Ningún hombre atractivo había sido inmune a sus encantos.

La verdad es que Luke Bardell, el mesías de la Fundación, era un hombre muy atractivo. Y se había visto generosamente recompensado por acostarse con una anciana a punto de morir.

Si Rachel hubiera estado dispuesta a aceptar la derrota, habría rechazado la invitación. Alguien sensato habría admitido el hecho de que su madre, quien la había abandonado en casi todos los aspectos, se las había arreglado para dar la estocada final. Podía encontrar otro trabajo, crearse una vida propia, elegir no ser la víctima de una infancia desgraciada.

Otra vez ese verbo, elegir. Podía elegir el rencor y la venganza. O seguir con su vida.

Si no hubiera sido por esa misiva anónima, puede que se hubiera comportado con sensatez. Pero cuando la carta arrugada y garabateada llegó a su buzón con sus insinuaciones y acusaciones, no había tenido otra elección.

Su madre nunca estuvo enferma de cáncer. La mató uno de los seguidores de Luke. Quizá el propio líder, o al menos fue él quien dio la orden. Ella lo supo al final, pero no pudo detenerlos. Venga al centro y yo la ayudaré a buscar pruebas para acabar con él.

Ninguna elección. No habían firmado la carta, que estaba escrita con caligrafía infantil, pero parecía sincera. O al menos ella deseaba creer que lo era.

Llegados a ese punto, la rabia y la determinación la habían hecho seguir adelante, y la habían llevado directamente hasta Santa Dolores, a la Fundación del Ser. Y hasta Luke Bardell.

—Ya ha llegado, Luke.

No se movió. Había oído cómo se aproximaba sigilosamente ese extraño grupo de profesionales de mediana edad y ancianos que habían descubierto la respuesta a las incertidumbres de la vida en la Fundación y se servían de su experiencia financiera para hacerla prosperar. Los llamaban los “Abuelos”, aunque en el grupo había varias mujeres, y dirigían la organización como si fuera una empresa de primer orden.

Y Luke los dirigía a ellos. Se encontraba tumbado boca arriba sobre los fríos azulejos con los brazos extendidos, los ojos cerrados, inhalando el dulce e intenso aroma de la salvia que se estaba quemando. Sentía que la energía vibraba, corría, fluía a través de su cuerpo, que sus nervios estaban tensos, sus venas cargadas de sangre, palpitantes, desbordantes. Esa energía era su poder, su don, y la utilizaba cuidadosamente, sin malgastarla.

Se preguntó por un momento de quién hablaban, y entonces se acordó de la hija de Stella. Esa mujer demasiado esbelta, pálida y de rasgos patricios que había tenido el valor de intentar robarle su dinero. Por supuesto, no había conseguido llegar a ninguna parte. Los Abuelos pensaban que la deberían haber compensado económicamente. Después de todo, los pleitos y las acusaciones, por muy rebuscados que fuesen, no eran una buena publicidad. Y la Fundación del Ser prefería que ésta fuese poca o ninguna en absoluto. No buscaba nuevos conversos. Quienes necesitaban lo que allí se ofrecía, encontrarían por sí mismos el camino de Santa Dolores. Tarde o temprano.

Pero él se había negado a que la compensaran. La había observado: ese rostro aristocrático y esos ojos llameantes de furia, la ropa exclusiva, así como su desprecio más absoluto, y un viejo sentimiento surgió dentro de él, aquél que creía haber olvidado hace tiempo. Aquella mujer era un reto para él, y no había encontrado nada parecido desde hacía años. Se enfrentaría a un

alma que se defendería con uñas y dientes antes de que él pudiera reclamarla como suya. Libraría una batalla que pondría a prueba sus oxidadas habilidades, que demostraría que no había nadie inmune a su poder cuando decidía ejercerlo.

Haría que Rachel Connery acudiera a Santa Dolores y la seduciría. La desnudaría, la cautivaría, la vaciaría y la poseería, espiritual y emocionalmente. Como había hecho con todos los demás.

No sentía ningún escrúpulo. Convertiría la amarga mirada de su rostro en la plácida expresión de felicidad que le rodeaba las veinticuatro horas del día. Y todo ello sin ponerle la mano encima.

Nunca se acostaba con sus seguidores. Por lo que a ellos concernía, él nunca se acostaba con nadie. Luke Bardell era célibe, vegetariano, y no tomaba ni alcohol ni drogas: la pureza en persona. Eran gajes del oficio. Todos lo deseaban. Él lo sabía y se aprovechaba de ello. No se acostaba con nadie, pero todos creían que podían hacerlo, tanto hombres como mujeres, viejos y jóvenes. Siempre que permaneciera fuera de su alcance, los mantendría ciegos, concentrados en su tarea e indefensos.

Tal y como él los quería.

Sería interesante observar cuánto tiempo le costaría ejercer ese cambio en una mente crítica como la de Rachel Connery. Ya había convertido a otros, esto no debería ser tan complicado.

Solo que, incluso a distancia, presentía que su caso era diferente. Su rencor se encontraba más enraizado. Y le atraía, era un reto que no tenía ninguna intención de rechazar.

Abrió los ojos y se sentó con elegancia, echándose su largo pelo por la espalda mientras cruzaba las piernas y devolvía la mirada a los Abuelos.

—Paz —dijo.

—¿Qué quieres que hagamos con ella, Luke?

Alfred Waterson había sido el director de uno de los principales institutos de investigación para el cáncer del país. Se había

jubilado anticipadamente para seguir ese nuevo camino y encargarse al mismo tiempo de las complejas finanzas de la Fundación. Su amor por el detalle era casi una obsesión.

—Que se sienta a gusto —respondió con la suave voz que había conseguido que llegara hasta la esquina más recóndita de cualquier habitación. Era otra herramienta de la que se servía acertadamente.

—Quiere verte. Le dije que estabas meditando y se echó a reír en mi cara. Me temo que va a ser una influencia negativa, Luke.

Él se limitó a asentir.

—No será por mucho tiempo, Alfred. Intentad que se purifique antes de acercarse. ¿Qué lleva puesto?

—Ropas de ciudad —le informó el aludido despectivamente.

—Llévadle algo nuestro. Se encontrará más cómoda.

—¿Y si se niega?

—Entonces me encargaré yo. Siempre lo hago.

Claro que se negaría, aunque el baño ritual tan sólo se tratara de un chorro de agua caliente que era maravillosamente vigorizante. Probablemente insistiría en darse duchas frías durante su estancia. Asimismo rechazaría la ropa de algodón amplia que todos llevaban, pero ya se las arreglaría con eso a su debido tiempo. La frase apareció de pronto en su mente: “desnudadla, bañadla y traedla a mi tienda”, y sonrió serenamente.

—Paz —murmuró el Abuelo, sin tener ni idea de lo que su santo líder estaba pensando.

—Sed todos bendecidos —replicó Luke, tumbándose de nuevo.

Habían pasado tres meses desde su última relación sexual. Se había acostumbrado a largos periodos de celibato, ya que, si quería conservar su imagen de pureza, tenía que tener mucho cuidado de cómo y cuándo atender a sus necesidades en el momento que resultaban desesperadas.

Pero había aprendido a canalizar esa energía sexual frustrada

en una especie de poder intenso que llegaba a todos. Y vivía dentro de ese volcán, intocable.

Santa Dolores era un paraíso seguro para todos que se basaba en la confianza, el amor y la libertad. También funcionaba de maravilla debido a un sistema de vigilancia avanzado que proporcionaba a Luke acceso visual a ciertas habitaciones del complejo. Se incorporó de nuevo, ya solo en la pálida y cavernosa sala y se levantó. Se retiraría a su sala de meditación privada, ese lugar en el que nadie, ni siquiera Calvin, se atrevería a molestarlo. Abriría la espesa cortina negra y observaría las filas de pantallas de televisor. Y quizá tendría la oportunidad de comprobar si Rachel Connery seguía siendo tan pálida, severa y delgada sin sus ropas.

Lo primero que notó es que no había niños. Por lo visto aquella secta se ocupaba de los que no tenían responsabilidades. Para sacarles mejor su dinero, pensó Rachel. El edificio principal de Santa Dolores seguía el estilo del suroeste de Estados Unidos: suelos frescos de baldosas, paredes de adobe, ventanas y techos de madera sencilla y oscura.

Su habitación estaba al final de un pasillo. La mujer que la había conducido hasta allí era bastante agradable, y para su disgusto no parecía que le hubieran lavado el cerebro, a pesar de la vestimenta de colores pálidos que llevaba, una mezcla entre pijama de hombre y kimono. Intentó que ella también se la pusiera, a lo que se negó rotundamente, e intentó engatusarla para que se purificara bajo chorros de agua caliente.

—No me apetece mucho —se había dignado a responder—. Ya me he duchado esta mañana.

—Te sentirás de maravilla, como una persona nueva —persistió la mujer, que se hacía llamar Leaf.

—Me gusta como soy —afirmó Rachel—. ¿Cuándo puedo ver a Luke?

—Cuando él lo considere conveniente. Se pasa la mayor parte del día rezando y meditando. Estoy segura de que te concederá una audiencia tan pronto como le sea posible. Mientras tanto, espera que te sientas a gusto entre nosotros en Santa Dolores.

La invitada miró a su alrededor, a las paredes sin adornos, la chimenea tradicional india de la zona, la cama estrecha con la colcha de algodón blanco.

—No se puede decir que esto sea un hotel de cinco estrellas, ¿no? —observó.

—No estamos aquí para dejarnos llevar por nuestros sentidos —contestó su acompañante—. Estamos aquí para canalizar nuestra energía, para abrirnos.

—Eso no puedes hacerlo en una cama como esta.

Su interlocutora le sonrió.

—No nos dedicamos ni a las drogas ni al alcohol ni al sexo, ni a cualquier otra cosa parecida. Este es un lugar para aprender y purificarse.

—¿Nada de sexo? —repitió Rachel—. ¿Y los que están casados?

—Se encuentran satisfechos de poder concentrarse en sus necesidades espirituales más que en las físicas.

—Genial —comentó la recién llegada—. Mi madre no pasó una semana célibe en toda su vida.

—El celibato no es un requisito, es una mera sugerencia. Si deseamos seguir al maestro, deberíamos emularlo.

Tardó un segundo en comprender lo que sugería.

—¿Quieres decir que Luke Bardell es célibe?

—Por supuesto.

—Por supuesto —repitió Rachel con incredulidad—. Sabes, las religiones que proclaman el celibato tienen un problema: no disponen de pequeños seguidores que transmitan su fe.

—No seguimos una religión, sino una filosofía. Y aquí no se permiten niños. Son demasiado jóvenes para entender nuestra

forma de vida. Luke dice que debemos ocuparnos de nuestras responsabilidades mundanas antes de cultivarnos a nosotros mismos.

—Un líder de secta con conciencia republicana —murmuró la joven escéptica—. ¿Pretendes que me crea eso?

—No somos una secta.

—Sí, ya. Ni una religión, ni una secta, tan sólo una forma de vida —dijo la muchacha tirándose sobre la cama. Era dura, como hecha de clavos. Le iba bien con su humor.

—La cena es a las seis. Somos veganos, pero nuestros cocineros son excelentes. Seguro que ni lo notas.

Lo único peor que una dieta vegetariana era su forma extrema: la vegana. Rachel suspiró.

—Da igual. La verdad es que tampoco es que me importe mucho la comida. Mientras tanto, creo que descansaré un poco.

—Perfecto —aceptó Leaf—. Vendré a buscarte para la cena.

Se quedó tumbada inmóvil sobre la cama, escuchando cómo se alejaban los pasos de la joven en el espeso silencio. Se había dejado el maldito uniforme y lo miró fijamente, preguntándose si disponía de la energía y la rabia suficiente para arrojarlo a la basura. No lo hizo.

Miró al techo forrado de madera. Sus investigaciones le confirmaban lo que veía: ese centro no tenía ni cuatro años y había sido construido con lo mejor que el dinero podía comprar. Valía millones, y todo gracias a la dirección espiritual de alguien que se había pasado tres años en la cárcel por asesinar a una persona en una pelea de bar.

Luke Bardell se las había arreglado muy bien durante esos doce años desde que había salido de la prisión Joliet en libertad condicional por asesinato. Y ahora nadie podía tocarlo, nadie se atrevería ni siquiera a intentarlo, incluyendo la Junta de la libertad condicional que debería haberlo devuelto a la cárcel por violar las normas hacía tiempo.

Nadie, excepto Rachel Connery, se había atrevido a cuestio-

narlo. E iba a acabar con él tan pronto como averiguara quién era su aliado. Quién le había enviado la carta de aviso.

Se había puesto tacones altos como una estúpida muestra de desafío. No iba a salir a explorar con ellos, y tampoco se iba a poner esas malditas sandalias que Leaf le había dejado, aunque tuvieran pinta de cómodas. Iría descalza con las medias, vagando por los vacíos pasillos, a ver si se topaba con el elusivo Luke Bardell. No iba a esperar que la convocara a una audiencia papal. Iba a ir a su encuentro ahora mismo. Y se recordaría a sí misma que era humano, muy humano.

Debería de haber sabido que sería una pérdida de tiempo. Pasó al lado de por lo menos media docena de acólitos, que la miraban, sonreían y murmuraban alguna paparruchada como “paz”. Pero su jefe no estaba en ningún lado. Nadie le impedía entrar en ninguna parte, incluyendo la gran y austera sala que parecía estar destinada para reuniones numerosas o sacrificios humanos. Pero no había ni rastro de su misterioso e ilustre “maestro”. Ni tampoco de nadie que pareciera conocerla o que pudiera importarle quién era.

Para cuando decidió dejarlo y se encaminó de nuevo a su habitación, su humor no había mejorado en absoluto. Tenía hambre, calor y estaba cansada, y aunque no le apeteciera, iba a ponerse algo más cómodo. No estaba segura de haber traído algo apropiado, y prefería ir desnuda antes de vestirse como una karateka, pero una ducha le haría revivir después de su búsqueda. Una búsqueda en la que no tenía ninguna intención de fracasar.

Era tarde, y cuando llegó a su habitación, ésta se encontraba ya repleta de sombras. En la pared no había ningún interruptor, y lanzó un juramento en voz baja al tropezar en la oscuridad, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Maldito lugar —murmuró—. Ni interruptores, ni carne, ni mesías cuando lo buscas. Palpó a su alrededor en busca de la lámpara de la mesilla de noche. La encontró, sólo para descubrir que era de aceite.

—Mierda —dijo en voz alta—. Ni electricidad.

El destello de la cerilla resultó cegador en la espesa oscuridad y Rachel profirió un pequeño grito, hipnotizada por el resplandor que se dirigía a la lámpara. Un momento después, una tenue luz inundó la habitación, haciéndose cada vez más brillante, y el hombre apagó la cerilla y la arrojó a la chimenea redonda de estuco.

—¿Me buscabas? —preguntó Luke Bardell.

Ella nunca olvidaría ni se perdonaría ese momento inicial de pánico. Había ido en su busca para enfrentarse con el león en su cueva. Y en vez de eso, él había invadido la suya.

El hombre resultaba igual de fascinante de cerca que de lejos. No se trataba sólo belleza física, aunque poseía en abundancia. Un rostro elegante, de líneas marcadas, grandes ojos azulados que la miraban con una compasión asombrosa, nariz y barbilla suficientemente potentes como para aportar a su cara angelical masculinidad, y una boca que podría seducir a una santa.

Se sentó en la cama, con sus largas piernas estiradas, ignorando la silla de respaldo recto. Llevaba una de esas vestimentas anchas de algodón, aunque la suya era totalmente blanca, en vez de los colores apagados que llevaban los otros. Tenía uno de esos cuerpos altos y esbeltos que pudieran parecer casi demacrados, y del que, sin embargo, sólo un estúpido podría subestimar su fuerza y su potencia. El cabello, oscuro y largo, le caía por la espalda, y la observaba con sus grandes y elegantes manos cruzadas tranquilamente sobre el regazo, con ligera curiosidad y sin la menor muestra de aprensión.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó la joven, sin preocuparse de la hostilidad que dejaba entrever—. Me ha dado un susto de muerte.

—En Santa Dolores no tenemos cerrojos —respondió él con voz tranquila—. Tampoco utilizamos palabras fuertes o profanas. Es un veneno infeccioso, igual que las drogas, el alcohol y la carne.

Ella resistió el impulso de mandarle a la mierda, y le sostuvo la mirada con absoluto dominio de sí misma. No era de extrañar que adultos inteligentes en cualquier otro contexto, comieran de la palma de su mano. Esos ojos eran capaces de derretir un iceberg.

Pero Rachel poseía mucho más hielo en su interior que una de esas montañas heladas, y era inmune a las miradas reflexivas y los ojos conmovedores.

—Estás muy enfadada con la “Fundación del Ser”, ¿verdad? —comentó él sin moverse de la cama—. Piensas que nos aprovechamos de tu madre.

—No. —Empezó a desabrocharse su chaqueta de seda, decidida a no verse intimidada por su presencia—. Creo que usted se aprovechó de mi madre. La sedujo, la convenció para que desheredara a su única hija, y ahora actúa como si fuera una víctima incomprendida.

Su sonrisa fue lenta y extrañamente inquietante.

—Soy célibe.

—Eso me han dicho. No me lo creo.

—¿Lo has preguntado, Rachel? ¿Por qué querías saberlo?

La oscuridad ocultaría el ligero rubor que había cubierto sus mejillas, pensó con súbita gratitud.

—Me proporcionaron la información sin tener que preguntarlo.

—Qué raro —comentó Luke, balanceando las piernas y levantándose de la cama. Estaba muy cerca de ella en la pequeña habitación, y se dio cuenta de que era un poco más alto de lo que creía. No le gustaban los hombres altos. Pero la verdad es que tampoco le gustaban los bajos ni los de mediana estatura, se recordó a sí misma. No había nada de lo que estar nerviosa.

—Deben de haber adivinado que era algo que tú querías saber. En esta vida no existen las coincidencias. Ni los accidentes.

—La vida no es más que un largo accidente —le espetó Rachel, arrepintiéndose al instante de su impulsividad—. Si mi

madre no lo hubiera conocido, no habría caído bajo su influencia y no me hubiera desheredado.

—Eso es verdad —asintió Luke, alargando la mano y rozándole un mechón de su pelo cortísimo. Fue un gesto extrañamente íntimo que la dejó clavada en el suelo—. Pero seguirías sin madre, ¿no?

Minutos después de que la puerta se cerrara tras él, seguía allí parada.